

# Vallejo en Rosales: «El sujeto del acto» en la palabra

Cuando la revista *España* publicó en 1949 su homenaje póstumo a César Vallejo, la obra de este poeta ya era conocida por los jóvenes escritores peninsulares de la posguerra. Ya fuera por «tradición oral», como afirma Félix Grande,<sup>1</sup> o por la circulación de los pocos ejemplares de la poesía vallejana que se conseguían en España hacia los años 40, Vallejo dejó su huella en ésta y en las siguientes promociones de poetas, en cuyas obras encontramos la exaltación de lo cotidiano, la poesía de compromiso social y las técnicas narrativas de los *Poemas humanos*.<sup>2</sup>

En las páginas que siguen pondremos en relación algunos textos de Vallejo con *La casa encendida* de Luis Rosales. Nos proponemos mostrar cómo la poesía del peruano encuentra ecos en *La casa encendida* tanto en el tratamiento de ciertos temas, como en la elaboración del lenguaje poético.

Trabajaremos con textos de Vallejo, en especial el poema en prosa «No vive ya nadie», en los que el sujeto poético evoca el recinto familiar. En *LCE* Rosales lleva su trayectoria reflexiva y evocativa hasta el lugar de su origen: sus padres, sus años de infancia, los momentos que le fueron «haciendo la memoria, haciendo calle en las palabras, haciendo hombre». El sujeto en Vallejo busca la protección ofrecida por el recuerdo de aquellos momentos que le dieron su «primera postura en el mundo»,<sup>3</sup> es decir, los años formadores del yo que se empieza a constituir por su relación con el otro.

La casa es el ámbito en que se sitúa el proceso de constitución del sujeto en ambos textos. La culminación de este proceso está en el intento de recuperación material y corpórea del pasado, de forma que el sujeto poético entre en comunicación somática con los otros ausentes. La imposibilidad de resolver esta contradicción en términos racionales lleva al sujeto a intentarlo a través de la palabra: «traducción de ceniza» (*LCE*, Prólogo).<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Félix Grande, *Apuntes sobre poesía española de posguerra*. Madrid, Taurus, 1970.

<sup>2</sup> En su artículo «Poética y poesía de la joven generación española», en *Hispania*, vol. XLIX, n.º 2, mayo 1966, José Olivio Jiménez señala la huella de la obra de Vallejo en la poesía de Angel González, y cita a G. Sobejano, quien afirma: «No mencionar a Vallejo, no consignar su influjo en los poetas españoles de la nueva corriente (Gabriel Celaya, Blas de Otero, Angel Crespo, José Agustín Goytisolo, Gloria Fuertes) constituye un muy notable caso de amnesia» (Cfr. «Un análisis estilístico de la poesía de Miguel Hernández», en *Revista Hispánica Moderna*, año XXIX, núms. 3-4, 1963).

<sup>3</sup> M. M. Bajtin, *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI, 1981, p. 51. Para Bajtin las primeras «definiciones» del sujeto y de su cuerpo exterior se dan en el ámbito familiar, en especial por las acciones de la madre.

<sup>4</sup> Hemos utilizado las siguientes ediciones: César Vallejo, *Obra poética completa*. Edición, prólogo y cronología de Enrique Ballón Aguirre, Caracas, Ayacucho, 1979. Luis Rosales, *Rimas*. *La casa encendida*. Prólogos de Dámaso Alonso y Julián Marías, Madrid, Espasa Calpe, 1983.

Es preciso partir de uno de los poemas en prosa de Vallejo: «No vive ya nadie»:

NO VIVE YA nadie en la casa —me dices—; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio, yacen despoblados. Nadie ya queda, pues que todos han partido.

Y yo te digo: Cuando alguien se va, alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombres. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Una casa vive únicamente de hombres, como una tumba. De aquí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Sólo que la casa se nutre de la vida del hombre, mientras que la tumba se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida.

Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos se han quedado en verdad. Y no es el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos. Y no es tampoco que ellos queden en la casa, sino que continúan por la casa. Las funciones y los actos se van de la casa en tren o en avión o a caballo, a pie o arrastrándose. Lo que continúa en la casa es el órgano, el agente en gerundio y en círculo. Los pasos se han ido, los besos, los perdones, los crímenes. Lo que continúa en la casa es el pie, los labios, los ojos, el corazón. Las negaciones y las afirmaciones, el bien y el mal, se han dispersado. Lo que continúa en la casa, es el sujeto del acto.<sup>5</sup>

Analizaremos el texto recorriendo los tres párrafos de que consta. En el primero tenemos la constatación por una de las voces de que no existe ya presencia humana en el recinto «casa». Esta idea aparece reiterada en tres ocasiones: «No vive ya nadie», «yacen despoblados», «nadie ya queda». Se repite dos veces la posible explicación de esta ausencia: «todos se han ido», «pues que todos han partido». Es preciso destacar un tercer aspecto: la casa, que en la primera ocasión aparece como complemento circunstancial de lugar, en la segunda se halla descompuesta en algunas de sus partes (sala, dormitorio, patio), que no son ahora el lugar de la ausencia, sino sujeto de un verbo que conlleva un rasgo semántico humano: «yacen».

La voz del sujeto poético aparece en el segundo párrafo con la aseveración: «Y yo te digo». La presencia del pronombre personal expresa la firme creencia del sujeto en la aseveración que sigue. Esta consta de dos oraciones, una principal y otra subordinada, con el mismo sujeto indefinido (alguien). Esta indefinición permite que las dos oraciones no parezcan contradictorias, puesto que pueden tener como referente a personas distintas. En las siguientes oraciones se conjugan elementos materiales inanimados con lo animado o humano, tal como ya señalamos en «la sala», «el dormitorio», «el patio», «yacen». Esto se realiza a través de diferentes procedimientos lingüísticos:

el punto (inanimado) por donde pasó un hombre (animado) ya no está solo (rasgo humano)

el lugar (inanimado) está solo, de soledad humana (rasgo humano) por donde ningún hombre (animado) ha pasado.

Esta humanización de los objetos se vuelve a ver en la siguiente oración, cuando se aplica el adjetivo «muertas» a las «casas nuevas». La causal pone en relación implícita los términos:

casas nuevas - muros de piedra y de acero  
casas viejas - (muros) de hombres.

<sup>5</sup> Vallejo, edición citada, Poemas en prosa, p. 118.

Los rasgos humanos aplicados a la casa aparecen expresados mediante acciones verbales: la casa —«viene al mundo», «vive», «se nutre»—. En «Una casa vive únicamente de hombres...» se introduce a través de un nexo comparativo la semejanza casa-tumba, delimitada por una concesiva. Esta relación casa-tumba, partiendo de una semejanza inicial, se expresa por oposición en estructuras sintácticas paralelas:

casa-se nutre-de vida	por eso	la primera está de pie
tumba-se nutre-de muerte	mientras	la segunda está tendida.

El comienzo del tercer párrafo puede ponerse en relación con: «cuando alguien se va, alguien queda» (segundo párrafo). Mientras que, gracias al sujeto indefinido, como ya señalamos, la contradicción no era evidente, con el sujeto «todos», indefinido que no excluye ningún referente, la contradicción se hace patente y deja suponer que el «alguien» del segundo párrafo aludía a un mismo referente. Todo este párrafo se articula sobre oposiciones:

Todos han partido de la casa en realidad no es el recuerdo de ellos lo que queda, no es tampoco que ellos queden en la casa, Las funciones y los actos se van de la casa...	pero todos se han quedado en verdad sino ellos mismos  sino que continúan por la casa.
«se han ido» los pasos los besos los perdones los crímenes «se han dispersado» negaciones y afirmaciones, el bien y el mal	Lo que continúa en la casa es el órgano, el agente en gerundio y en círculo. «continúa» el pie los labios los ojos el corazón Lo que continúa en la casa es el sujeto del acto.

En resumen, el primer párrafo expresa la afirmación reiterada del vacío y la humanización de un recinto material (la casa). Esto se intensifica en el segundo párrafo mediante la aplicación a la entidad inanimada de adjetivos y verbos que denotan rasgos humanos. La oposición casa-vida, tumba-muerte permite considerar la antítesis que se desarrolla extensamente en el tercer párrafo: partir-quedarse, irse-continuar, como equivalente a vivir-morir.

El sujeto, al dialogar con ese otro que afirma el vacío espacial del recinto familiar, raído por el tiempo y por la muerte, refuta esa aseveración: «El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo». Acepta la dispersión temporal («todos han partido») pero insiste en la presencia permanente de los otros en el espacio de la casa. La casa, metáfora del sujeto y su condición de soledad angustiosa, se humaniza. El vacío se llena por mediación del cuerpo que circula en constante movimiento por la casa y por ese «sujeto» que es el otro ausente, evocado por el acto volitivo y selectivo que es la memoria.

Esta casa vallejana encuentra su correspondencia y su desarrollo in extenso en *La casa encendida* de Rosales. El vacío que iniciaba el texto vallejiano es el mismo al que se enfrenta el sujeto de *LCE*. La relación no se da sólo en el plano conceptual, sino en el planteamiento poético de las situaciones, si tenemos en cuenta otros textos de Vallejo.

El sujeto vallejiano llega a una casa cerrada, despoblada de voces:

Esta noche desciendo del caballo,  
ante la puerta de la casa, donde  
me despedí con el cantar del gallo.  
Está cerrada y nadie me responde. (*Trilce*, LXI)

Hay soledad en el hogar sin bulla,  
sin noticias, sin verde, sin niñez. («Los pasos lejanos», *Canciones de hogar*)<sup>6</sup>

*LCE* comienza con un monodílogo:

PORQUE TODO ES IGUAL Y TÚ LO SABES  
has llegado a tu casa, y has cerrado la puerta  
con ese mismo gesto con que se tira un día...  
y te has sentido solo,  
humanamente solo,  
definitivamente solo porque todo es igual y tú lo sabes. (Sección I, p. 144.)  
me gustaría saber para qué sirve este silencio que me rodea,  
este silencio que es como un luto de hombres solos,  
este silencio que yo tengo,  
este silencio... (Sección I, p. 146.)

Junto a la expresión del vacío y la similitud de situaciones encontramos otro recurso estilístico común entre Rosales y Vallejo: la reiteración, ya señalada en «No vive ya nadie...» y utilizada profusamente en el poema-libro de Rosales.

El sujeto en *LCE* entra de noche a esa casa donde la monotonía inflexible de lo cotidiano le hace tomar conciencia de su soledad y del silencio angustioso que lo rodea. «Sentado para siempre» en los cuartos de la casa oscura y poblada por todo aquello que señala «a la palabra igual», el sujeto cuestiona el sentido de su existencia:

para qué sirve estar sentado igual que un náufrago  
entre tus pobres cosas cotidianas. (Sección I, p. 146.)  
y ahora es lo de siempre,  
lo del nogal diario,  
los cuadros que aún no he tenido tiempo de colgar y están  
sobre la mesa que vistió de volantes mi hermana... (Sección I, pp. 146-7.)

La realidad cotidiana aparece frecuentemente en los poemas del recinto familiar vallejiano:

Por los cuadros de santos en el muro colgados («Encaje de fiebre»)  
Habrá empanadas; («Enereida»)  
hacia el silencioso corral, y por donde  
las gallinas que se están acostando todavía...  
Vamos viendos los barcos... (*Trilce*, III)  
He almorzado solo ahora, y no he tenido  
madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua,  
ni padre que, en el fecundo ofertorio  
de los choclos... (*Trilce*, XXVIII)

<sup>6</sup> *Canciones de hogar* forma parte de *Los heraldos negros* (1918) e incluye los poemas: «Encaje de fiebre», «Los pasos lejanos», «A mi hermano Miguel», «Enereida», «Espergesia».